

San José, 23 de Octubre 1910

Páginas Ilustradas

REVISTA SEMANAL

Fundador propietario PRÓSPERO CALDERÓN H.

Editor y Administrador FRANCISCO CALDERÓN H.

Marfil

A una japonesa.

*Con tu mirada adormecida acendras
mis hondas pesadumbres y mi hastío;
pasas luciendo por el huerto mío
tus dos pupilas como dos almendras.*

*¡Oh dulce Japonesa de Kananga!
Con tus ojos asiáticos me quemas;
mi verso, transformado en crisantemas,
será para la gracia de tu manga.*

*El alma de mis versos adivina,
escultura tallada en porcelana,
graciosa japonesa marfilina.*

*Me haces soñar, como si fueras opio,
y siento la dulzura del nirvana
que hubiste en las pagodas de tu Tokio.*

Lisimaco Chavarría

¿Qué se hizo el Dr. Kamimura?

El caso que voy á referir es auténtico. Tal como existe en los anales de una sociedad científica de Tokio, no hago más que traducirlo y mandarlo á un amigo para PÁGINAS.

El Dr. Kamimura, entomólogo japonés, deseando seguir algunas investigaciones sobre la vida y costumbres de los insectos, resolvió trasladarse á Centro América, región riquísima en toda clase de bichos. Después de recorrer otras repúblicas centroamericanas, llegó á Costa Rica. En Puntarenas se detuvo algún tiempo. Dado su carácter retraído, los porteños principiaron á hacer comentarios de aquel hombre tan especial y tan poco comunicativo, aunque hablaba bien el castellano. Un buen día pagó su cuenta en el hotel y desapareció; lo vieron tomar el tren para Esparta, pero á la llegada ningún pasajero lo vió; y no había bajado en el camino.

Esa misma tarde corrió la noticia de la desaparición de un chino rico. La prensa comentó el asunto por varios días; se habló de un tremendo asesinato, pero la noticia resultó falsa. Ni la menor señal había quedado del misterioso personaje. Algunos días después llegó de San Ramón un telegrama dando cuenta de haber llegado un médico japonés, y nada más se supo de aquel *médico*. Sin embargo, no dejaron de llegar á San José algunos rumores, que se confirmaron después, sobre la rara vida que llevaba en San Ramón aquel japonés misterioso. No curaba y pasaba las horas en los potreros y en los matorrales.

Un suceso vino á interrumpir la vida rara de aquel hombre. Apareció en el camino una mañana el cadáver de una niña y la autoridad tomó todo empeño para aclarar el misterio. Se dijo que habían visto al japonés muy temprano entrar á un potrero, junto al sitio donde se encontró el cadáver. El Juez mandó citar al japonés; y en efecto, se presentó al Juzgado. Su declaración, en correcto español, aclaró en gran parte la curiosidad que todos tenían.

«Me llamo—dijo—Itaka Kamimura, y soy entomólogo. He venido á este lindo

país á estudiar los insectos. Con respecto al hecho de que se me pregunta, nada puedo decir. Anoche estuve estudiando la luz de las *candelillas* y con ese motivo permanecí en el potrero hasta muy tarde de la noche. Como á las doce y ya en camino para la casa, vi venir algunas personas, que se alumbraban con un farol. De repente la luz se apagó y me pareció oír un grito agudo que desapareció súbitamente. No supe más. Sólo encontré un pañuelo que por casualidad recogí.»

Aquel pañuelo sirvió á la Justicia para averiguar los detalles del crimen.

El Dr. Kamimura desapareció de San Ramón. Lo vieron en el Naranja y el Zarcero.

Una tarde recibí una tarjeta: el Dr. Kamimura estaba en San José. Se había instalado en una casa de huéspedes y fué á verlo. Hacía un momento estaba en su cuarto, pero cuando abrieron la puerta, ya no estaba. Un criado dijo que había salido; y no regresó. Pasaron muchos días y volví á la casa de huéspedes. Se me dijo que no estaba; que pagaba, enviando por correo, el alquiler del cuarto y que hacía muchos días no se sabía de él.

Mucho de los diarios informó que el Dr. Kamimura estaba en Terraba.

Así pasaron varias semanas. Una noche encontré en mi apartado una carta de Tokio. Se me suplicaba diera informes del Dr. Kamimura, pues hacía mucho tiempo no se sabía de él. Con esta noticia me dirigí á la casa de huéspedes, pero se me informó que estaba en Juan Viñas y que ya no vivía en la casa. Escribí á aquel lugar y tuve algunas noticias, no muy precisas, pero eran suficientes para aclarar aquel misterio. Al día siguiente tomé el tren de Limón y en Juan Viñas supe que el Dr. Kamimura estaba ahí, colectando insectos. El día anterior lo habían visto poner en el tren para el Limón varias cajas y dos baulles, pero en la mañana de ese día había salido, con su bolsa y útiles para colectar á un potrero situado no muy lejos. Con estas noticias me fuí en su busca. Cerca de unos árboles, y tapado por un paraguas vi un hombre. No había duda, era él.

A un lado había una caja. Parecía absorto en la lectura de algún documento importante. Esperé un rato. No había duda, el Dr. Kamimura estaba ahí. Al fin iba a aclarar lo que para mí era inexplicable. Por qué me mandó esa tarjeta con un llamamiento y desapareció después? Sobre todo, qué motivos tenía para no escribir a Tokio? Por qué llevaba aquella vida tan misteriosa? Un rato después me pareció ver que el papel se movía. Seguro estará arreglando sus colecciones, pensé. Con las noticias que me habían dado, quién otro podía estar en aquel potrero y sobre todo,

brero y al lado unas palminas y unos zapatos.

Mi asombro fué muy grande. No supe qué pensar. Largo rato permanecí viendo aquellas cosas, puestas así, por casualidad? No lo supe. En aquella soledad nadie podía informarme. Me retiré de aquel sitio lleno de pesadumbre. Cuando llegué al hôtel de Juan Viñas, por la tarde, se me dijo que el Dr. Kamimura había telegrafiado de Limón. Esa misma tarde se embarcaba.

A quién pertenecían aquellos objetos que había visto en el potrero? Al día si-



la cajita al lado del paraguas. Su caja de insectos!

Resueltamente me dirigí hacia él. Lo llamé por su nombre, pero no contestó. Me acerqué más y lo llamé de nuevo, el mismo silencio. Todo parecía misterioso en aquel personaje. Pero no, ahí estaba, se veía el sombrero, las palminas y los zapatos.

Para terminar de una vez por todas, di la vuelta para verlo de frente. Nadie había. El mismo misterio. El Dr. Kamimura no estaba! Detrás del paraguas lo que vi fué otros paraguas que sostenía un som-

guiente fué á buscarlos, pero ya no estaban. Nunca se supo.

Escribí a la Sociedad de Tokio dando cuenta del extraño fenómeno. Cuando recibí la contestación mi asombro no tuvo límites. El Dr. Kamimura había muerto en Chiriquí el mismo día que me pareció haberlo visto detrás del paraguas. Todavía hoy, después de mucho tiempo, recuerdo con extrañeza aquel caso inexplicable para mí. Y que el Dr. Kamimura había estado en Juan Viñas era un hecho real. Del telegrama sólo había apuntado el nº. de orden. Traté de conseguir en



Limón copia del original. El único telegrama que con el mismo n.º de orden se había enviado al hotel de Juan Viñas aquel día estaba firmado «R. Pérez»; pero el telegrafista no me dió copia, sólo me dijo que el telegrama se refería á unos billetes de lotería. A una de las niñas del hotel le había regalado una preciosa acuarela que yo vi, con su firma al pie. Quise conseguirla para mandarla á Tokio, pues deseaba ardientemente aclarar aquel fenó-

meno tan particular— pero la dueña la había llevado á Cartago, y en la noche fatídica del 4 de mayo, quedó sepultada en los escombros y perdida para siempre.

SAMMA ISCHNURA.

Tokio, 6 de Agosto :910.

(Fotografías de J. Oscoff.)

Manuel Salazar

El joven tenor costarricense consigue en países extraños aplausos y voces de aliento que, cuando son merecidos, contribuyen notablemente al éxito del artista que con tal aliciente se esfuerza más y más á fin de llegar al colmo de sus anhelos, á su completo perfeccionamiento.

Melico estuvo en Cuba y ahora en México, y en ambas partes, donde hay públicos ilustrados, ha tenido magnífica acogida. Su preciosa voz, fuerte y robusta, dulce y extensa, ha encontrado numerosos

admiradores. No hay duda que ese resultado tan satisfactorio que al comienzo de su carrera obtiene Salazar, le servirá muchísimo para abrazar con más entusiasmo el arte á que se dedica y el cual le tiene ya asegurado un risueño porvenir.

Melico estudia, es inteligente y joven; será, pues, un artista de verdad.

Con satisfacción reproducimos el siguiente juicio que encontramos en uno de los periódicos de Guadaluajara:

«El tenor Salazar. He allí un bravísimo tenor! La prensa toda de Guadalajara le ha hecho grandes y merecidos elogios, y tal parecería que estas líneas ningún elogio nuevo podrían aportar. Sin embargo, nos hemos impuesto la tarea de hablar con sinceridad y desapasionamiento de los artistas que hoy nos visitan, y quién sabe si de esta charla pudiese el tenor Salazar obtener algún pequeño provecho.»

La voz de Salazar es deliciosa en sí misma, de tenor lírico perfectamente definido, con agudos brillantísimos. Puede estar seguro este apreciable artista que no hay en estos momentos en México un tenor con voz tan bonita como la suya, particularmente en el registro agudo, y que esta afirmación no se contrae á aquellos que cultivan la zarzuela, sino á todos los tenores que hay, sea cual fuere el género que cultiven.

Tiene Salazar cinco notas de un efecto maravilloso: sol natural, sol sostenido, la natural, si bemol y si natural, en el registro alto, y muy particularmente las tres últimas.

Estos agudos, espontáneamente apoyados, perfectamente emitidos, brillantemente sostenidos, son de una riqueza de colorido extraordinaria. Es allí donde Salazar triunfa en toda la línea y nada más se le puede pedir.

En el registro medio, Salazar decate un poco. Su voz, que es fácil, que es flexible, que es naturalmente timbrada, pierde su carácter emotivo debido á una defectuosa emisión, que no busca el apoyo de la cabeza como lo buscan los agudos, sino que en su inercia adquiere el color blanco, sin apoyo, abierto y sin resonancia, que caracteriza las voces sin cultivo, las voces que sólo son guiadas con el pensamiento cuando la dificultad del agudo sobreviene.

¿Es éste un defecto? Ciertamente y muy fácil de corregir; basta con preocuparse un poco de que la voz resuene siempre en el mismo sitio en que se apoya el agudo, para que el color abierto se redondee y el tiempo se recupere.

Así logrará el tenor Salazar que la media voz, esa divina mezza-voce, orgullo de los grandes cantantes exquisitos no se sienta como una vozecita cantando pianamente, sino como una reducción emotiva de la plena voz, para demarcar el colorido, el claro oscuro de las frases musicales.

El auditorio siente que la voz de Salazar en el registro medio brota de la corni-

sura de los labios, y que en los agudos, la columna del aire choca con los dientes superiores del cantante, produciendo esas notas bellísimas que arrebatan el aplauso, no porque sean más ó menos largas y más ó menos enfáticas, sino por la pureza del timbre, por la firmeza de la emisión, por la intensidad inquebrantable que permite al cantante, tras de la nota enorme, la continuación de la frase sin un aliento que la trunque y la amortigüe.

Y entonces, sólo entonces, la igualdad de la voz en todos sus registros, porque la impostación sea perfecta, hará de este bravo tenor, que tiene una voz bellísima,



El tenor MANUEL SALAZAR

un cantante en toda la extensión de la palabra; cantante fino, cantante delicado, cantante exquisito, como tiene derecho á serlo, pues hay en él, temperamento artístico, dición purísima, facilidad grande y alientos profundos y bien manejados.

Salazar siente hondamente, dice artísticamente, es un espléndido actor, apasionado, sugestivo, talentoso y ojalá se dedicara exclusivamente á la ópera, pues usa voz delicada como la suya se estropea cruelmente con la durísima tarea de cantar y hablar alternativamente. Es joven, es entusiasta y llegará muy lejos. Se lo deseamos sinceramente. — RAY VAREZ.

Novilunio

Para Páginas Ilustradas

Vuelve la luna; su llanto
sobre la sombra deslíe;
la luna tiene el quebranto
de algún fatal desencanto
y, sin embargo, sonrío...

Vuelve la luna; de argento
se tiñen bosque y colinas,
y cochichea en el viento
el amoroso concierto
de las auras campesinas.

En el antiguo poblado
hay muchas almas que inquietas
sollozan por el pasado,
y arriba el cielo estrellado
es un jardín de violetas.

En esta noche traidora
y a mis anhelos hostil,
mi alma llora...llora...llora
por una blanca pastora
que abandonó mi redil.

Eran sus ojos dos mares
llenos de azul tropical;
sus manos dos azahares
y sus labios dos cantares
de algún cantor celestial.

Ella a su antojo tenía
mi juvenil corazón;
el tiempo así transcurría,
y yo en sus ojos bebía
la luz de la inspiración.

Pero una tarde, una tarde
cuyo recuerdo me mata,
en silencio, sin alarde,
huyó, indolente y cobarde,
de mis rebaños...la ingrata.

Y desde entonces brevo
la más intensa aflicción
y en crueles dudas me embebo,
porque desde entonces llevo
un dardo en el corazón.

Pastorcita injusta, bella
pastora de mis rebaños,
en mi alma quedó tu huella
sin que se borre de ella
aun cuando pasen los años.

Para calmar mis antojos
quisiera, en mudos accesos,
morir en tus labios rojos
ó naufragar en tus ojos
con un naufragio de besos.

Todo está en calma; la noche
es una noche de estío,
la luna ostenta su broche,
y suena como un reproche
la vieja canción del río.

Yo sufro, tal es mi sino,
por unos ojos perversos,
y voy como un peregrino
deshojando en el camino
la ingenuidad de mis versos.

Brisas, perfumes, jilguero
que de la noche al caer
cantáis bajo de mi alero,
dejadme...¡para qué os quiero
si ella ya no ha de volver!

La noche avanza; el ambiente
sopla cargado de frío;
reina una calma imponente
y se escuchan solamente
las carcajadas del río.

En amoroso desvelo
vagan las brisas curiosas,
y arriba semeja el cielo
un cofre de terciopelo
lleno de piedras preciosas.

La luna doliente llora
su luz de nieve y marfil,
en tanto que hora tras hora
suspiro por la pastora
que abandonó mi redil.

Y en estas horas propicias
quisiera, dulces excesos,
bañar sus manos novicias
en torrentes de caricias
y tempestades de besos.

F. RESTREPO GÓMEZ

Bogotá, Colombia.

El juego de D. Facundo

Fué en los tiempos en que aún el adjetivo *independiente* no se había engolfado en la política prostituyéndose hasta la pared del frente, para designar una facción política las más funesta de cuantas ha tenido el país. Fué en esa dichosa edad, edad de oro y del oro, cuando los empleados el día último iban con su nómina á cobrar el sueldo, y temblaban al ver al pagador sacar las manotadas de monedas amarillas, pues para hacerse á plata y facilitar sus transacciones los servidores públicos, tenían que pagar un descuento sobre el oro.

Era entonces de ver en los tapetes verdes los montones de onzas españolas y granadinas confundidas con las águilas yanquis, las libras esterlinas y los napoleones.—Entonces las *paradas* se hacían por onzas, y tras de unas pintas de *teses, ciucos y onas*, y de dos ó tres *pago á todos!* dichos con el garbo y la firmeza consiguientes, D. Facundo Avilez, que esa noche estaba *derecho* como un huso, se embolsó mil onzas en el término de dos horas, rodando las muelas de Santa Polonia. Entonces mil onzas eran diez y seis mil pesos en puridad de verdad, y valían lo que pesaban.

Ya era la una de la mañana, y el juego había languidecido, y D. Facundo enemigo de *piculeos*, pudo salir muy tranquilo de aquel antro, llevando para su casa y bien abrazada bajo la capa su talega con las mil onzas en distintas monedas, con las cuales pensaba hacer una total reforma en su casa y solventar una infinidad de cuifas que atorñillaban su vida desde hacía luenos meses en que la suerte caprichosa lo *trataba con rigor*, porque, la verdad sea dicha, D. Facundo era persona conspicua y de probidad insospechable, hasta donde puede serlo un tiburón consuetudinario, que vivía de los proventos del pícaro sport, cuyo centro principal estaba en el palacio llamado *Torre de Malakof*, situado en la acera Norte de la plaza de Bolívar, y al cual, por algo, la estatua del Libertador, "con disímulo, y sin faltar al respeto," resolvió volverle... la espalda.

Cuando D. Facundo llegó á su casa, su mujer—que estaba acostumbrada á las vi-

gilia, aunque en veces cansada de esperarle, se recogía sola, dormía el primer sueño; pero esa noche hubo de despertarla para que sin pérdida de tiempo gozara de la gran noticia que le traía.

La buena señora, al despertar para imponerse de que la felicidad se le había entrado á la casa en forma de una talega con mil onzas de oro, se quedó estupefacta.

Entró la dichosa pareja, no á formar castillos en el aire, sino el presupuesto de los gastos que al día siguiente se harían.

—Yo, dijo D. Facundo, muy de mañana me iré á pagar los tres meses de alquiler que se están debiendo y algunas otras cuentas en los almacenes, las cuales se están haciendo viejas, como ya me lo han dado á entender algunos de los acreedores que ignoran las angustias que he pasado con ello, porque es la peor de las calamidades deber en ciertas condiciones. Tu irás á comprarte una buena saya ó dos, y la ropa de cama y demás piezas de la indumentaria que ya necesitamos con urgencia. Por la tarde, iremos juntos á negociar la casita aquella por el barrio de Egipto que tanto te ha gustado. Ese barrio me gusta por ser el más alto de la ciudad. Qué más?

—Aquel jueguito de muebles que vimos el otro día donde Zalamea y ana jaba de loza donde Lodoño.

—Bueno, hija, compra tú lo que quieras, y manda la criada al mercado para que traiga lo necesario y dile que prepare un buen almuerzo y convidar á.... ¿á quiénes convidamos?

—Eso lo veremos mañana. Ahora á dormir tranquilos.—Pero no te puedes imaginar cómo estaba yo de *derecho*. Y D. Facundo contó á su mujer mil detalles de la sesión que había tenido, hasta que ella se durmió arrullada por tan gratas impresiones, para dar de mano á los proyectos esbozados por ambos esposos, muy de mañana.

D. Facundo, aguijoneado por tantas emociones, á cada momento se levantaba para trasponer la talega, creyendo que durante su sueño podría desaparecer, sin encontrar lugar suficientemente seguro para ocultarla; pero le más raro era que saltaba

de la cama á medio vestir; se paraba como para espíar algo; miraba á todos lados; se arropaba; vuelta á vestirse, meditando mucho á cada pieza que se echaba al cuerpo. —Por último, ya cuando estaba completamente vestido tomó la capa, y miró insistientemente á su esposa que dormía tranquila; se quedó largo rato como un poseído que meditaba algún crimen...tomó la talega con violencia y salió de la alcoba en puntillas resuelto después de tanta incertidumbre, de tanta lucha consigo mismo, para volver al garito y allí duplicar, centuplicar la suma que lo había hecho tan feliz! El demonio de la ambición, que no tiene saco, y las consideraciones de lo *derecho* que había estado, le infundieron la idea de que esa noche sería su noche buena.

Cuando llegó, el juego se había reanidado, pues muchos de los perdidosos habían ido por más dinero y las paradas estaban en lo más y mejor.

Los *traídos* lo ovacionaron como era de cajón, y D. Facundo en menos de media hora les entregó las mil onzas y quedó debiéndole á algunos cien más que, según las leyes del Instituto, debía pagar dentro de las 24 horas.

Clareaba el día cuando D. Facundo llegó á su casa, y muy quedito se arrebujó al lado de su costilla, preso de los más angustiosos remordimientos, que no lo dejaron conciliar el sueño.

Cuando á las seis notó que su esposa se levantaba con los mayores cuidados para no despertarlo, el cuñado fingió que roncaba, y su desesperación subió de punto cuando notó que su mujer buscaba por todas partes el tesoro. Todo lo revolvió sin ningún resultado, hasta que al fin salió presa de alguna incertidumbre, á sus quehaceres; pero al cabo de media hora volvió y entonces con mil trabajos despertó á D. Facundo, á quien le dijo alarmada que no parecía *aquello*.

—Cuál aquella?

—La talega con las mil onzas, replicó azorada la inocente señora.

—¡Talega con las mil onzas! ¡Qué estás diciendo, y...?

—Sí, Facun... la que trajiste anoche.

—Yo... ah... ¿... Talega con mil onzas?

—Sí... ¿te acuerdas? Las mil onzas que ganaste.

—Yo ganar anoche mil onzas? Ojalá hubiera sido cierto.

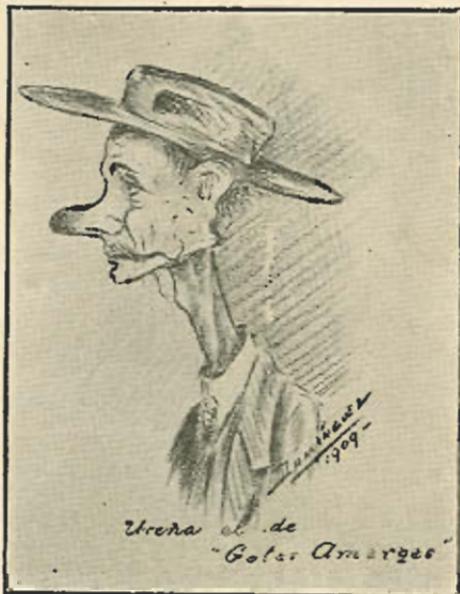
—Pero Facundo, estás loco?

—Pero mujer, la loca eres tú! ¡Qué sueños!

—No te acuerdas que trajiste una talega con mil onzas que habías ganado, y convinimos en que yo compraría hoy saya, ropa blanca, loza, y negociáramos la casita de las Saravias, y mil cosas más?

—Pero mujer, no me molestes con tus dorados ensueños! Yo ganar, cuando hace tiempos estoy más torcido que el bagozo! Vine á las once y he dormido como un justo toda la noche. Pobre hija mía, y tener que llevarte á San Diego porque estás loca de remate.

F. F. NORIEGA



Daniel Ureña

reputado autor y actor castarricense, á beneficio del cual se celebró el jueves último una función de beneficio en el Teatro Variedades



Juanita Lasauca y Alberto Medina

partes principales de la Compañía Artística que
actúa en el Variedades, en sus papeles
de "La Señora Capitana"

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

Últimos días de Cartago.

V



DON RAMÓN MATÍAS QUESADA
Autor de estos artículos.

A las 7 a. m. del día 3, la *noche noble* y *bel ciudad*, es una pequeña Babilonia: espesa a esa hora invadida por millares de personas que habían llegado de la capital y de la otra provincia. Todos querían prestar sus servicios en la mejor forma posible, pero no había orden ni disciplina, y así cada cual se fue a donde pudo, y terminó como quiso, a excepción de las cuadrillas que venían organizadas como la de zapateros, que se dedicó a construir gradinetes en las plazas públicas, y a dezaradores a buscar personas aterradas, recoger heridos y enfermos, limpiar caños y acopilas para encargar de nuevo las aguas que inundaban calles y solares, y a cegar los escoradidos de pozos. Con este esfuerzo se logró sacar todavía con alientos a muchos tubérculos que habían pasado toda la noche bajo las escuadras.

A las 8 a. m. se presentaban los cuadros como los siguientes. En primer conducto a la izquierda de nosotros, que en su ma-

tase que un brazo iba arrastrando, se detuvo, y con la mayor impasibilidad lo ató con una cuerda de los paralelos, y colocó encima un saco que se le entregaba a mi presencia, con el cadáver de un niño mutilado.

Un hombre taciturno que conducía en sus brazos otro niño muerto, envuelto en una sábana, cruzaba silencioso por entre el hormiguo humano, sin permitir que nadie le ayudase a llevar su carga, de que él no quería desprenderse hasta dejarla en el Campo Santo.

Sobre un montón de piedras y de palos, un anciano rodeado de su esposa y de sus hijos, permanecía en toda contemplanza de su derrumbada choza, y cuando le pregunté (qué tal le ha ido) me contestó con la mayor sangre fría, como si se tratase de algo que no le importaba: sólo perdí un hijo!

Por las calles, obstruidas en varias partes, como si por allí hubiese pasado un torbellino arrasando cascos y confundiendo hasta las señales de las propiedades, transitaban grupos con muletas, en busca de los trenes, para marcharse fuera de aquel teatro de desolación, sin cuidarse para nada de lo que dejaban atrás.

En la esquina noroeste del Parque, varios trabajadores sacaban las mercaderías de nuestro amigo don Felipe Martín y las amontonaban en el suelo, bajo los higuerones, mientras otros con febril empeño removían pesados bloques de calicanto, bajo los cuales estaba sepultado Alberto Alfaro, joven de ejemplar conducta y generalmente estimado por su índole suave y complaciente.

En el patio de mi casa, los vecinos forcejaban por meter dentro del ataúd el cadáver rígido de un caballero, que presentaba la más angustiosa contracción de amargura en su amontonado semblante.

El popular y muy estimado Comandante, Coronel don Mariano López Arias, mantenía con severidad el orden entre sus subordinados, dispuesta la conducente para

la inhumación de los muertos que se habían llevado a la Plaza de Armas, atendida con solicitud á cuantos reclamaban sus auxilios, repartía herramientas y no se daba un momento de reposo. Aquel fué un empleado que estuvo á la altura de su deber en tan críticas circunstancias. Los hidrones que se cogieron infraganti, fueron maniatados y enviados á la capital, y lo mismo se hizo con los reos que estaban en la cárcel, los cuales salieron ilexos y fueron conducidos á pie hasta la Penitenciaría, por una guardia montada de paisanos voluntarios, que se hizo cargo de tan arriesgada comisión. El soldado Antonio Lázarez, fué el único muerto dentro de la cárcel. Se puede juzgar del pánico que se apoderó de los reclusos, por el hecho de no haberse fugado luego que fueron sacados de los calabozos, y donde la guardia habría sido insuficiente para contenerlos en un campo abierto.

Por su parte, el dignísimo cura, Dr. don R. Otón Castro, no sólo prestaba su auxilio material á los damnificados, sino que andaba de aquí y de allá, consolando á los atribulados ó dando á los moribundos los últimos auxilios espirituales. Como á su ministerio se presentaban muchos casos perentorios que resolver, apresuró los trámites del desposorio, y casó gratuitamente, en donde pudo, á multitud de parejas. En compañía suya, fué á ver á Rafael Angel Trovo, que agonizaba dolorosamente en el kiosco, en donde se había instalado el Cuerpo Médico, formado por distinguidos facultativos de la capital y de la extensa ciudad. Allí se hacían con toda solicitud las primeras curas á numerosos heridos y fracturados, que llevaban el recinto con sus quejidos y sus lamentos.

Del Hospital acababan de sacar muertos á varios asilados y á la abnegada Hermana de Caridad. Sor Vicenta: los inválidos se habían salvado todos. Caprichos del destino, dirán unos, misterios de la Providencia, exclamarán otros. Frente al Hospicio de Huérfanos, lloraban las religiosas Belemitas la pérdida de algunas de sus compañeras y de varias niñas conchadas al cielo y dirección de ellas. Otro tanto sucedía en el Hospicio de Varones, donde los Padres Salesianos lamentaban el fallecimiento de algunos hermanos y siervos, y de tres huérfanos, y se preparaban á marchar sin rumbo fijo, con más de un centenar de niños, que miraban

con horror aquel simpático asilo debido al humanitario desprendimiento de espíritus noblemente cristianos.

La Cruz Roja y el Cuerpo de Ingenieros trabajaban con plausible diligencia en la repartición de vendajes, hilos, medicinas y provisiones, en la asistencia de los enfermos é inválidos, en la traslación de heridos á San José, y en el cumplimiento de las disposiciones acordadas para alojar tropa y familias desamparadas, cuidar de la higiene y demoler inmediatamente en los lugares más transitados lo que ofrecía inminente peligro para los transeúntes.

Durante las primeras horas de la mañana comencé á saber detalladamente multitud de casos trágicos que había ignorado toda la noche, y sentí como una especie de remordimiento de no haber podido estar en todos aquellos lugares donde lo habría deseado, para cumplir, hasta donde me hubiese sido posible, con una obra piadosa de misericordia. Supe de un primo hermano desgraciado en la acera de la iglesia de San Francisco por un bloque caído de la cornisa ó de la torre, y de una hermana de este infeliz, muerta en su propia casa por una pieza de madera. Simultáneamente se me avisó de otra prima que estaba moribunda y que al fin expiró en el hospital de San José, con una costilla rota, por sacar á un niño que se había quedado en el interior de la casa; y de mi cuñada Angélica Blanco de Zavaleta, que vivía en la calle del ferrocarril hacia el lado de Los Angeles, y cuya tremenda desgracia es de lo más horroroso que registra la luctuosa historia de esta catástrofe, como se verá á continuación.

Barbaroja y Barbacana. Formulábase el sitio de Garry el mariscal de Edingieres, condestable de Francia, cuando un oficial le hizo presente que aquella plaza no la había podido tomar en otro tiempo el famoso Barbaroja, á pesar de ocupar el río. Tenía entonces el mariscal ochenta años y contestó al oficial:

- No importa: Barbaroja no la pudo tomar á Garry, pero con la ayuda de Dios, Garry será tomado por Barbacana.

En efecto, la ciudad y el castillo fueron tomados en una y otra de las épocas.



Alberto Medina en "El Terrible Pérez"

He aquí al actor nacional predilecto de nuestro público. La noche del domingo 16, dió en nuestra Variedades su función de gracia, con las regocijadas piezas «La Salsa de Aviceta», «Pico, Adán y Compañía» y «Mañana de Sol». Por el numeroso público que llenó las localidades, puede juzgarse de las simpatías y admiraciones que cuenta entre nosotros. Simpatías justas, que no ha ido a buscar Medina de puerta en puerta, como pudiera hacerlo cualquier advenedizo de las tablas, al que no nosamos méritos y necesitara ir a recogerlos entre las benevolencias del vecindario. No, vive Dios! que en Medina hay un artista que trabaja en un artista de

escuela propia, pues que se formó a sí mismo, y que desde su primera presentación a la escena, logró insinuarse como hombre de estudio y observación bastantes a captarle los laureles con que ha ceñido su frente la Fama, que es una diosa muy sutil y exacta en el justiprecio de las cualidades y los méritos.

¿Que nadie es profeta en su tierra? Medina quebranta la regla. Porque él sí es profeta entre nosotros. El profeta de la risa. Cree nuestro público en él. Cuando Medina anuncia una explosión del entusiasmo, va la gente a ocupar las localidades, vestida de fiesta y con el regocijo pintado en su semblante; y no se recuerda caso en que sus esperanzas hayan sido defraudadas.

Homenaje a sus méritos indiscutibles, le tribuna PÁGINAS ILUSTRADAS, al ofrecer a sus lectores retratos del simpático artista.

Juanita Lasauca

Esta es su segunda patria. Entre nosotros ha cosechado verdaderas ovaciones, desde que por primera vez pisó las tablas del Variedades. Mujer de exquisitos dones, ha trabajado con éxito, no tan sólo en las piezas ligeras, en las cuales se distingue especialmente, sino también en las serias y aun en las dramáticas.

Florezcan para ella múltiples ramilletes de simpatías, que PÁGINAS ILUSTRADAS rinde a su prestigio.

Entre amigos

—El corazón de la mujer a quien amo, es duro como el cristal. No logro impresionarlo.

(Has probado el diamante?)

La columna

Puede una gota de lodo sobre un diamante caer, puede también de este modo su fulgor oscurecer.

Pero aunque el diamante todo se encuentre de fango lleno, el valor que lo hace bueno no perderá ni un instante, y ha de ser siempre diamante por más que lo manche el cieno.

RUBÉN DARÍO

Dentro y fuera de la escena

(Notas biográficas y opiniones íntimas)

Blanca de Lora

Gañitana— 25 años de edad y dentro del teatro 8 tan solo, con una interrupción de 3, y habiendo tomado á la escena hace un año apenas.

Iniciada en Cuba con el artista italiano Roncoremi, ha recorrido después en gira teatral la América del Sur, con Doña Evangelina Adams y Manolo Adams su señor esposo.

Así piensa:

Su autor?

—Los Quintero! antes que ninguno, luego Benavente y Linares Rivas...

Su obra?

Para ser consecuente y franca, de acuerdo con lo anterior, El Genio Alegre, El Niño Ajeno y La Cabaña, obra que la señora de Lora ha puesto con éxito en todas las capitales que ha visitado.

Manolo Adams

Inteligente galán joven, cuenta treinta y un años de edad y nueve de teatro, con una interrupción de 5 años.

Es hijo del Camaguey, cubano como su señora hermana.

Nos ha contestado á nuestras preguntas así:

Mi obra?... "El adversario" desde la butaca y en carácter "La Casa de García".

Y más autores: los de mi esposa, pero en esta forma:

Los Quintero me deleitan, á Benavente lo admiro y con Linares Rivas sonrío...

Tengo también una predilección—por una obra, ya célebre, como que es de Benavente el grande... "Por las Nubes".

Y en charla con el simpático artista y empresario, hablamos de la obra, de esa admirable y sutilísima crítica que á los *humos* y vanidades sociales, canteriza el verbo aplaudido de Benavente, y á la que ha glosado Mariano de Berrueta, en su obra "Por los suelos" comentario y consecuencia de "Por las Nubes" estrenado en Lora de Madrid, el 20 de abril próximo pasado. En alguna de nuestras próximas trataremos de dar á conocer este *contratamiento* teatral que dijéramos.

Que estas notas de información y estas opiniones personales é íntimas, obtenidas de los artistas y amigos que actúan en el Nacional, para los lectores de esta Revista de arte, sean á la vez que homenaje para aquellos, buen dese de reporter para los lectores de PÁGINAS.

ROBERTO VALLADARIS

IMPRENTA DEL COMERCIO, SAN JOSÉ

Cuaderno de Escritura Vertical

arreglado para las Escuelas y Colegios de la República

por Próspero Calderón

ex-Profesor de la asignatura en el Colegio Superior de Señoritas
y en el Liceo de Costa Rica

Se halla de venta en la SOCIEDAD LIBRERA